

---

# Cuando Europa es el problema (Presentación)

José Luis García Delgado

Desde hace ya demasiados meses, Europa parece empeñada en dar la razón a von Clausewitz: no hay situación, por desesperada que sea, que no pueda empeorar. Era una de las conclusiones que el ilustre militar prusiano obtenía hace dos siglos de su exhaustivo análisis de los conflictos armados a lo largo de la historia, pero cabría deducirla perfectamente de lo que se está viviendo ahora en Europa. Crisis financiera y crisis de gobernanza; turbulencias económicas y gobiernos tumbados; la economía bordeando de nuevo la recesión mientras la democracia se pone a prueba... «Situación de emergencia», es la expresión más repetida.

El lector encontrará en los tres ensayos que siguen, obra de otros tantos prestigiosos economistas, las principales claves para entender la génesis y el desarrollo de unos acontecimientos que se suceden con ritmo vertiginoso; también para sopesar las posibilidades y las consecuencias de lo que cabe y debe hacerse. Son tres excelentes aportaciones. Ojalá que estas líneas preliminares, sin

ningún ánimo de resumirlas, sirvan de incitación –digámoslo al modo orteguiano– para adentrarse en ellas.

Cinco notas serán suficientes:

1. *Una crisis «a contrapié»*. Así es, en efecto, como la crisis financiera global ha cogido a la Unión Europea: cuando apenas había comenzado a asimilar el impacto de la más ambiciosa y arriesgada de las ampliaciones desde sus fundación (doce nuevos países, en total, incorporados entre 2004 y 2007, justo, pues, en la antesala del cambio de escenario en la economía mundial); cuando apenas se había estrenado el Tratado de Lisboa, después del largo bloqueo institucional que provoca el abortado proyecto de Constitución, y cuando comienza a ser palmariamente evidente el desplazamiento del centro de la actividad económica y de recursos globales hacia latitudes alejadas del viejo continente. Ningún tiempo es bueno para afrontar una crisis severa, pero las circunstancias han jugado ahora en contra de la capacidad de maniobra o de reacción, si se prefiere, de Europa.

2. *Una estructura débil*. La crisis ha puesto bajo el foco la fragilidad estructural. Una moneda única pero diecisiete autoridades fiscales. Unión monetaria pero políticas económicas y fiscales diferentes y divergentes. Una moneda huérfana de Estado, lo que equivale a decir que el poder necesario para ejercer la soberanía monetaria, teóricamente común, lo retienen en la práctica las capitales nacionales. El euro circulando como moneda física desde el comienzo de 2001, pero sin Tesoro europeo, sin una política fiscal común, sin una regulación financiera de dimensión paneuropea, sin un fondo de rescate para países o bancos con problemas de liquidez... La moneda única nació coja, incompleta: «errores de diseño», más finamente dicho, disimulados durante los años de auge, pero que revelarán toda su trascendencia en una coyuntura adversa. Los desequilibrios macroeconómicos acumulados por algunos

países integrantes de la zona euro, alcanzando niveles más que temerarios de endeudamiento ante la falta de coordinación de las políticas públicas y la carencia de mecanismos supervisores suficientemente potentes, acabarán dibujando un cuadro dramático en las finanzas públicas y en las privadas, con deterioro de las balanzas comerciales, crisis de la deuda soberana y pérdida de competitividad. Pero los problemas estaban ya planteados antes, es importante retener esto. Delors lo ha declarado sin tapujos: la crisis financiera mundial ha precipitado la crisis del euro, pero ésta hubiera llegado un día u otro debido al endeudamiento excesivo de algunos países, a la falta de rigor de sus políticas públicas, al aumento desmesurado del gasto poco efectivo, a la caída de la productividad. Tenemos ejemplos muy cercanos.

3. *Todos los escenarios están abiertos.* Lo que ni siquiera se planteaba, ahora es una posibilidad real: que un país o varios de los que comparten la moneda común abandonen la eurozona; que se creen dos o más subgrupos dentro de ella, al decidir algunos Estados con economías más solventes avanzar más rápidamente; que el conjunto, como tal, salte por los aires, es decir, que fracase la unión monetaria europea; también que la contemplación del abismo aporte el coraje y la determinación que hasta ahora han faltado para dar pasos decisivos hacia una unión fiscal y una política presupuestaria común, y en la dirección de una gobierno europeo propiamente dicho. Todo está abierto. Aunque algo parece evidente: si cae el euro, cae Europa; el colapso del euro sería el de la Unión Europea; el adiós a la unión monetaria dejaría maltrecho el mercado común y una parte sustancial de instituciones y tratados. Joschka Fisher lo ha subrayado: si eso ocurriera, «tendríamos que tirar a la borda seis décadas de exitosa integración europea, con consecuencias desconocidas». No es sólo el euro, pues, lo que está en juego.

4. *Bomberos y arquitectos.* Unos y otros van a ser necesarios si la apuesta es, en la eurozona, la unión fiscal (con presupuesto y obli-

gaciones comunes) y la gobernanza efectiva de la moneda única, y si a escala de toda la UE es la unión política. Para romper el círculo vicioso que encadena la crisis bancaria con la de la deuda, y para conseguir los ajustes imprescindibles que devuelvan un clima de estabilidad presupuestaria, la actuación de los primeros es imprescindible. Antes que nada, acabar con ese «bucle infernal», que empezó a finales de 2007, al afectar la crisis financiera en Estados Unidos a bastantes bancos europeos, y que luego se despliega en una secuencia de planos recurrentes, retroalimentándose las deudas pública y bancaria: bancos insolventes a los que los Estados rescatan, lo cual deteriora la situación fiscal de las haciendas públicas, motivo a su vez de la penalización de la deuda soberana y de la merma de los balances de los bancos, que vuelven a necesitar un nuevo esfuerzo de rescate... cuando las expectativas de estancamiento económico dominan el panorama, agravando todo el proceso. Antes que nada, acabar con despilfarros e ineficiencias, ajustando gastos e ingresos. Para conseguirlo, políticos o tecnócratas tendrán que revestirse con el uniforme y el casco de bombero. El trabajo de los arquitectos, por su parte, es imprescindible para asentar los pilares y levantar los pisos que, más de medio siglo después del Tratado de Roma, requiere la Unión Europea: el trabajo cualitativamente decisivo de europeizar de hecho el poder económico y el poder político, de erigir una estructura institucional con capacidad efectiva de gobierno y con legitimación democrática. El problema de Europa –se ha repetido acertadamente– no es tanto lo que está sucediendo cuanto lo que no se ha hecho: la creación de un gobierno europeo común. Ésa es la tarea que requiere saber y temple arquitectónicos, la gran política.

5. *Final de partida*. También esto parece hoy evidente: tal como venían discurriendo las cosas, no pueden continuar. Es un final de trayecto. O crece el proyecto europeo, robusteciéndose al tiempo, o declinará irreversiblemente mientras el relevo en el liderazgo

mundial se consume. O se hacen duros esfuerzos para ganar competitividad y credibilidad, o buena parte de nuestras economías quedarán situadas en lugares muy secundarios, y amenazados fatalmente nuestros sistemas de protección social. Mario Monti lo ha sabido expresar muy bien: «No creo que el Estado del Bienestar sea un modelo acabado. Pero debe modernizarse si quiere sobrevivir. Si Europa no es altamente competitiva, no se lo podrá permitir». Final de época: cuanto más tardemos en asumirlo, más dura será la obligada adaptación. Tiempo de cambio con enormes riesgos, también con enormes oportunidades. Un tiempo propicio para recordar a Hölderlin: «Donde está el peligro está la salvación».

J. L. G. D.

